

142

Epistemología y
gnoseología
de La relación
cultura/naturaleza
en el capitalismo

Ramón Rosario Luna

RESUMEN

UNO DE LOS PROBLEMAS MÁS GRAVES QUE ENFRENTA LA ESPECIE HUMANA actualmente es la emergencia ecológica de escala planetaria que esa especie ha creado. A partir de la epistemología cibernética de Gregory Bateson y de la ecología social de Murray Bookchin, examinamos esa crisis como resultado de la relación humano/naturaleza asumida por la cultura industrial y explicitamos las premisas de esa relación humano/naturaleza. Siguiendo la concepción materialista de la historia propuesta por Karl Marx, analizamos cómo estas premisas son el conocimiento propio del sistema capitalista. Se revisa la relación entre mercancía, racionalismo abstracto, fantasía de crecimiento infinito, la paradoja de la hipertrofia del desarrollo de fuerzas productivas y el modo de vida capitalista. Proponemos la metáfora del becerro de oro para comprender la relación humano/naturaleza asumida por el capitalismo.

Palabras claves: ecología, capitalismo, epistemología, reificación

ABSTRACT

ONE OF THE BIGGEST CONTEMPORARY PROBLEMS OF HUMANITY is the worldwide ecological catastrophe that humanity itself is creating. Assuming the cybernetic epistemology developed by Gregory Bateson and Murray Bookchin's social ecology, we examine that ecological crisis as a product of the culture/nature relationship established by industrial culture. Following Karl Marx's historical materialist theory of social organization, we analyze that culture/nature relationship as immanent to capitalism. Links between categories like commodity, abstract rationalism, perpetual growth fantasy, the paradox of productive forces hypertrophy and capitalist way of life are made explicit. We close by proposing the idolatry golden calf as a metaphor of the culture/nature relationship developed by capitalism.

Keywords: Ecology, Capitalism, Epistemology, Reification

LA EPISTÉMICA DEL CAPITAL



EL CAPITALISMO, COMO TODO MODO DE PRODUCCIÓN en el que hay clases sociales, supone un desarrollo de fuerzas productivas que permite que en la jornada de trabajo el trabajador produzca más de lo que necesita para reproducirse. Lo anterior posibilita unas relaciones de producción y propiedad en las que unos son propietarios de medios de producción (capitalistas) y otros son no-propietarios de medios de producción (proletarios). Los proletarios (no-propietarios) no tienen otro medio de vida que vender su capacidad de trabajar a cambio de un salario con el que compran las mercancías necesarias para su sustento. Las mercancías producidas, al venderse en el mercado, se convierten en plusvalía, pues el desarrollo de fuerzas productivas antes descrito posibilita que el valor de las mercancías producidas supere al valor del salario pagado: las ganancias del capital surgen de explotar los trabajadores. La competencia impele a cada capitalista a intensificar esta explotación, típicamente mediante posteriores desarrollos de fuerzas productivas. Esto plantea una tendencia al crecimiento de la producción.

Pero el capital también explota a la naturaleza. Marx planteó que las mercancías son objetivación de los sujetos y de las relaciones sociales; son cosificación. En la medida en que el capital se desarrolla, las relaciones mercantiles se generalizan y se universaliza la cosificación, incluso del ecosistema. Así el capital usa la naturaleza-cosa para convertirla en mercancía, la que al venderse se convierte en plusvalor. Dado que el capital tiende a crecer, este incrementa progresivamente el uso de los “recursos naturales”. Esto es así especialmente en el capitalismo industrial, cuando las fuerzas productivas, mecanizadas, posibilitan una masa gigantesca de productos, de naturaleza convertida en cosa-mercancía-(plus)valor.

Sin embargo, el capital no solo agota lo existente, también engendra lo dañino. Los sub-productos tóxicos de la producción capitalista aparecen como asuntos ajenos a la contabilidad burguesa: como “externalidades”. Al capital no le importa que su producción contamine; le molesta incurrir los costos necesarios para reducir/eliminar la contaminación, pues significan una reducción de las ganancias. El agotamiento de los “recursos” y la contaminación aumentan en la medida en que el capital se expande e intensifica su productividad. ¿Qué brinda este sistema?; ganancias para los capitalistas y contaminación para todos.

El gigantesco desarrollo de fuerzas productivas alcanzado a principios de siglo veinte planteó un nivel de producción que sólo podía evitar crisis de sobreproducción catastróficas si ajustaba sus formas de apropiación. El capital hizo concesiones al proletariado que mejoraron sus condiciones materiales de existencia mediante un mayor acceso a las mercancías: esto es el fordismo o el Estado benefactor. Esta reforma capitalista engendró una cultura de consumo. Surgieron intelectuales orgánicos que promocionan la idolatría de las mercancías; también sujetos que definen su identidad y existencia mediante el consumo y que desean consumir cada vez más. La seducción hedonista del consumo es una de las bases de la pretensión de crecimiento infinito.

Ante la multidimensional catástrofe ecológica que el capital construye a diario, es imprescindible explicitar y criticar las premisas de la relación humano/ambiente asumidas por la cultura del capitalismo industrial. El antropólogo Gregory Bateson, desde una perspectiva sistémico-cibernética, y Murray Bookchin, desde la ecología social, permiten esbozar las siguientes premisas de la relación humano-naturaleza en el capitalismo.

1- “Nosotros contra el ambiente” Contraponer a los humanos al ambiente supone concebirnos separados de la naturaleza. Esto permite agredirla (contaminarla, agotarla...), pues se asume que no somos naturaleza. Sin embargo, es ecológicamente más sabio entender que, si en un sentido estamos diferenciados del ambiente, en otro sentido pertenecemos a él. Pensarnos parte del ambiente implica reconocer que lo necesitamos para existir, que éste es el poder superior sin el cual no podemos existir.

2- “Podemos tener control unilateral del ambiente y debemos conseguirlo” La cultura capitalista industrial ve al complejo sistema de entes vivos como un conjunto de cosas a ser dominadas y usadas. Esta cosificación utilitarista promueve pensar que el humano es el único agente activo y que, por lo tanto, éste puede y debe dominar la naturaleza para ganar poder. Los proyectos de biotecnología que intentan definir los genomas de múltiples especies, y hasta crear especies por diseño, son la cúspide de esta arrogante pretensión de control. Diseñar la vida, pretender ocupar el lugar que los teístas asignan a la divinidad, es en efecto operar como divinidad. Desde una perspectiva materialista esto significa que el capital alcanza un nivel de soberbia superlativo al creerse capaz de sustituir el prolongadísimo e hipercomplejo proceso de evolución natural por la ingeniería genética¹. Esta fantasía racionalista de control ignora que el fenómeno siempre desborda a la teoría que intenta explicarlo y que cualquier intervención tecnológica acarrea efectos imprevisibles; también que esos efectos imprevisibles pueden ser catastróficos e irreversibles. La falta de sabiduría ecológica de esta idea radica en creer que

la parte puede someter a la totalidad; pero, si la parte derrota a la totalidad, también se derrota a sí misma, pues, elimina las condiciones que le permiten vivir. Un posible aprendizaje sería comprender que no podemos controlar el ambiente ni la vida y que por lo tanto, no debemos pretender lograr ese control.

3- “Cada individuo contra otro” El modo de producción capitalista asume la propiedad privada de los medios de producción como premisa fundamental. A partir de las relaciones sociales de producción basadas en esta premisa, surge una cosmovisión que es asumida incluso por los no propietarios (que solo poseen su fuerza de trabajo). Así, se despliega una cultura en la que cada individuo fetichiza su propiedad individual e intenta poseer más (dinero, mercancías) que los demás. Esta lógica de la competencia lleva a desear vencer al otro, a verlo como obstáculo y como enemigo y engendra una cultura de competencia-agresión en la que se ningunea a lo “otro”. La naturaleza, calificada como lo “otro”, como aquello distinto a nosotros, recibe un tratamiento de rival con el que se compite y al que hay que agredir y vencer. Esta agresión a la naturaleza, junto con el narcisismo amplificado por la ideología de propietario privado en competencia por tener-consumir más, intensifica la devastación medioambiental. Cancelar esta premisa y asumir una relación armónica con el medioambiente supone abandonar la narcisista competencia individual como fundamento de relaciones sociales y establecer un orden basado en la cooperación y en la solidaridad. Un orden cultural que asuma estas premisas solo podrá surgir en la medida en que surja un modo de producción basado en el control colectivo democrático de los medios de producción.

4- “El elemento individual (empresa o nación) es lo importante” Esta manifestación del principio individualista a nivel de las corporaciones y de los Estados nacionales justifica el poder del más fuerte y hace aparecer la capacidad de depredar el medioambiente como una virtud. Las corporaciones y los Estados se hacen más grandes y poderosos en la medida en que eliminan o dominan a sus competidores, lo que les da más control sobre los “recursos naturales”. Ya hemos indicado cómo esta narcisista cosificación-agresión de la naturaleza y de los otros devasta las condiciones ecosistémicas que permiten nuestra existencia. Una relación no-suicida con el ambiente requeriría que la transformación económico-política mencionada al final del punto anterior se efectuara tanto a nivel regional como internacional.

5- “Lo más importante es el mercado” La cosmovisión capitalista, especialmente en su variante (neo) liberal, asume al mercado como el determinante principal que no debe ser intervenido por ningún otro factor. Esta

mercadolatría hace aparecer al mercado como autónomo. Pero esto oculta que el mercado es el intercambio de dinero por mercancías, por lo que es controlado por los dueños del dinero y por los dueños de los procesos de producción de mercancías. Así el medioambiente (junto con el bienestar material de millones de humanos) es sacrificado en el altar de la mercancía. Dado que la mercancía es un rodeo para la acumulación de valor, el capital sacrifica al medioambiente en el altar del plusvalor.

6- “La tecnología resolverá los problemas” El sistema energético principal del capitalismo, los combustibles fósiles (petróleo), es la principal fuente del efecto invernadero. Este sistema económico petro-capitalista asume la propiedad privada de la tierra, que esos combustibles no se agotarán y que la emisión de partículas a la atmósfera no es relevante. Pero este problema no se resuelve con otro uso (“socialista”) de la misma tecnología. Los múltiples desastres ambientales de los países socialistas burocráticos indican que las tecnologías no son neutrales, que estas encarnan la perspectiva de sus creadores (capitalistas): distintos sistemas tecnológicos tienen diferente sentido político. El capitalismo engendró la industrialización (subsunción real del trabajo al capital), en la que las relaciones de producción son capitalistas (relación entre capitalistas y obreros asalariados), pero también el proceso de trabajo mismo está definido por el capital (se trabaja con máquinas). Este modo de producción específicamente capitalista, este capitalismo “puro”, se fundamenta en la máquina, la que es la objetivación del deseo del capital de extraer plusvalor (dominar-explotar al obrero y a la naturaleza). Una economía basada en un sistema tecnológico que tiene a las máquinas como fundamento, supone la concentración de recursos económicos e intelectuales en unas pocas manos, por lo que será inevitablemente cosificante y autoritaria. Lo anterior implica la necesidad de una transformación de la base tecnológica de los procesos de producción y del sistema energético. La energía eólica y la solar son alternativas ecológicamente sensibles porque, debido a su relativa accesibilidad, son estructuralmente democráticas, renovables y de poco efecto medioambiental.

7- “El crecimiento económico es infinito” El propósito fundamental de las corporaciones capitalistas es la ganancia, crear una cantidad creciente de valor. Esta lógica económica expansiva significa que cada vez se usa más materia prima; pero un uso infinitamente creciente de recursos es imposible porque los recursos son limitados. Examinemos esta cuestión detalladamente.

II- LA GNOSEOLOGÍA DEL CAPITAL

LA PREMISA DE “CRECIMIENTO INFINITO” es un fundamento gnoseológico del capital. En el prólogo de Contribución a la crítica de la economía política,

Marx planteó que “el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia.”² El sujeto del capital asume un conocimiento abstracto-racional-matemático como superior a los modos de conocimiento concretos, intuitivos y cualitativos. Evidencia de esto es que las ciencias, cúspide del conocimiento de la cultura moderna, asumen al universo como un libro escrito en lenguaje matemático, como decía Galileo Galilei.

Esa ontologización de la matemática, o matematización de la ontología, surge de la gnoseología propia de las relaciones mercantiles. Los sujetos del capital se relacionan con las mercancías como si éstas fueran fetiches: las crean, pero quedan subordinados a ellas; su hechura los avasalla. En el mundo de las mercancías: “La igualdad de los trabajos humanos adopta la forma material de la igual objetividad de valor de los productos del trabajo; la medida del gasto de fuerza de trabajo humano por su duración, cobra la forma de la magnitud del valor que alcanzan los productos del trabajo; por último, las relaciones entre productores, [...] revisten la forma de una relación social entre los productos del trabajo.”³

Lo anterior significa que la mercancía encarna y oculta actividad humana y relaciones sociales. Encarna actividad porque en la producción el creador se objetiviza y en el consumo lo producido se personifica⁴: en el proceso de trabajo la actividad humana se convierte en objeto y en el proceso de consumo el objeto se hace parte del humano. Tras la diversidad de objetos creados está el trabajo abstracto, la capacidad humana para transformar la naturaleza a partir de una intención consciente. En el mundo de las mercancías ese trabajo aparece como cualidad objetiva de los objetos creados por esa actividad. Pero, al mutar en cosa, esa actividad no deja rastro de ese proceso de conversión. El trabajo, proceso generador de las apariencias, queda subsumido a, y ocultado por, esas apariencias que él mismo produjo.

Las mercancías también encarnan y ocultan relaciones. Pero la producción de mercancías es un proceso de relaciones sociales porque “los trabajos útiles determinados tienen que satisfacer una necesidad social determinada [...] como partes de un trabajo global”.⁵ Por lo tanto, la mercancía es la objetivación de unas relaciones sociales de producción: las capitalistas. Aquí ocurre una inversión: la forma mercantil “refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo”,⁶ o, lo que es lo mismo, las relaciones sociales vivas y concretas se transforman en cosas inertes y en relaciones entre objetos.

¿Cuál es la forma de la conciencia inherente a este modo de existencia?: la reificación. En las relaciones sociales mercantiles existe un predominio del valor de cambio por sobre el valor de uso. El valor de uso, y sus cualidades sensibles y diversas, queda relegado al ámbito subjetivo de la individualidad.

En el mercado, por el contrario, las cosas, y el acceso de los sujetos a ellas, están reguladas por los precios, por el valor de cambio, que aparece como una cualidad objetiva de los objetos. Esto es fundamental para la estructura psíquica de los sujetos del capital: “el valor de cambio hace abstracción de toda cualidad sensible [...] no conoce más que diferencias de cantidad”.⁷

Dentro del capitalismo esto no es un evento extraordinario. Por el contrario, ésta es la estructura gnoseológica típica de la formación social capitalista. Allí las relaciones humanas cualitativas se transforman en atributo cuantitativo de las cosas inertes y el trabajo social necesario empleado para producir ciertos bienes aparece como cualidad objetiva de estos bienes. Este proceso de reificación se extiende “progresivamente a la vida psíquica de los hombres en la cual hace predominar lo abstracto y lo cuantitativo sobre lo concreto y cualitativo.”⁸ El sujeto del mundo mercantil, el que cotidianamente maneja dinero, traduce constantemente lo concreto y cualitativo de los objetos, del trabajo y de las relaciones a cantidades abstractas de valor de cambio. La matemática es el código de la relación social mercancía.

Esta matematización de la existencia social no es políticamente inocente. Para el capitalista, el valor de uso de los productos es un rodeo obligado para la realización del plusvalor, para la acumulación de capital. Para lograr esto “[...] debe primero proceder en el interior de la producción de una manera lo más racional posible, es decir, trasponer de una vez todos los elementos cualitativos de la producción (mano de obra, materias primas) en elementos cuantitativos del orden del precio de costo, del rendimiento, etc., es decir, del orden del valor [de cambio]”.⁹ El capitalista es el reificador por excelencia: para éste la naturaleza (humana y de todo tipo) es materia concreta que él someterá a la abstracta forma del valor. La reificación es la forma de la conciencia del capital.

Ahora estamos en condiciones de entender por qué el capital, asumiendo el carácter infinito de los símbolos matemáticos, desea crecer infinitamente. También podemos comprender que esto es imposible porque los recursos medioambientales son realmente limitados. La dimensión cognitiva de esta fantasía narcisista de ausencia de límites emerge de adjudicar a la naturaleza las cualidades del código matemático (valor de cambio, precio) con el que la representa. Sin embargo, aunque las abstractas cantidades numéricas (del valor de cambio) sean infinitas, el medioambiente (la naturaleza, lo concreto) no lo es. Esta fantasía de crecimiento infinito es una ilusión narcisista de poder ilimitado, un arrogante desconocimiento de los límites reales, una incestuosa pretensión de no castración, un exceso de organización-actividad y necrófila aniquilación de las posibilidades la organización y la actividad: es un culto a la muerte.

Estamos ante la paradoja de un desarrollo hipertrófico de fuerzas productivas (propio de la subsunción real del trabajo al capital) que se torna en de-

sarrollo de fuerzas destructivas. Las mercancías son nuestros fetiches, son creaciones nuestras ante las cuales nos sometemos. El capitalismo, sistema de producción de fetiches, es el metafetiché, matriz estructural engendrada por nosotros, pero que nos domina; es el gran Baal ante el que se sacrifican las condiciones medioambientales de existencia. La metáfora del becerro de oro nos comunica que en el modo de producción capitalista la ganancia (acumulación de capital) es el altar en el cual se sacrifica el bienestar colectivo provisto por el medioambiente.

NOTAS

- 1 Actualmente la UPR participa de un programa gubernamental que intenta redefinir a Puerto Rico como una “bioisla”, un país cuya economía se basa en el desarrollo de biotecnología. El rol de la UPR en ese proyecto es hacer investigación conjunta con el gran capital biotecnológico (Monsanto, Amgen, Syngenta...) para informarse sobre los problemas ecológicos, de salud pública y económico-políticos de la biotecnología, consulte Balada transgénica, de Carmelo Ruiz Marrero.
- 2 KARL MARX, *Contribución a la crítica de la economía política*, p. 4-5.
- 3 KARL MARX, EL CAPITAL, Tomo 1, Vol. 1, p. 88.
- 4 KARL MARX, *Elementos Fundamentales para la crítica de la economía política 1857-1858*, p. 11.
- 5 KARL MARX, Op.Cit., p. 90.
- 6 Ibid. p. 88.
- 7 LUCIEN GOLDMANN, *Investigaciones dialécticas*, p. 74.
- 8 Ibid. p. 75.
- 9 Ibid. p. 75.

BIBLIOGRAFÍA

BACHELARD, GASTÓN. *La formación del espíritu científico*. México, Siglo XXI editores, 1976.

BATESON, GREGORY. *Steps to an Ecology of Mind*. Nueva York, Chandler Publishing Company, 1972.

BOOKCHIN, MURRAY. "What Is Social Ecology?" *Environmental Philosophy: From Animal Rights to Radical Ecology*. M.E. Zimmerman (editor), Englewood Cliffs, Prentice Hall, 1993.

CROMBIE, A. C. *Historia de la ciencia: de San Agustín a Galileo*, Vol. 2, Madrid, Ed. Alianza, 1974.

DÍAZ, ESTHER. *La posciencia. El conocimiento científico en las postrimerías de la modernidad*. Buenos Aires, Biblos, 2000.

GOLDMANN, LUCIEN. *Investigaciones Dialécticas*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1962.

IBÁÑEZ, JESÚS. "Nuevos avances en la investigación social (La investigación social de segundo orden)" en *Anthropos*, N. 22, Barcelona, 1990.

KOYRÉ, ALEXANDRE. *Estudios de historia del pensamiento científico*. México, Siglo XXI editores, 1977.

MARX, KARL. *Contribución a la crítica de la economía política*. México, Siglo XXI editores, 1976.

_____. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*. México, Siglo XXI editores, 1971.

_____. *El capital*. Tomo I/ Volumen I, México, Siglo XXI editores, 1975.

RUIZ MARRERO, CARMELO. *Balada transgénica. Globalización y el choque de paradigmas*. San Juan, Proyecto de Bioseguridad de Puerto Rico, 2005.

